

Los ríos sumergidos: notas sobre *Paradiso*

*... la fiebre le hizo agotar la sed
en ríos sumergidos,
pues él buscaba un río y no un camino*
José Lezama Lima: «Retrato de José Cemí»

I. La isla: tierra y destierro

Los Olaya provienen de portugueses y andaluces pero lo han «olvidado» como propiedad vital. Se sienten cubanos y con el país devienen. La abuela Mela es además independentista fanática, lo cual pesará hasta la segunda generación al menos. Con su hijo Andrés y su nuera Augusta ha debido emigrar a Estados Unidos por razones políticas mientras corre la guerra del 95. En Jacksonville esperan el momento de regresar. El letargo en que se sume Rialta niña, la mesurada y algo irónica firmeza de Augusta al responder a Florita en el incidente de las nueces, la defensa del catolicismo frente a un cristianismo protestante que se le antoja apócrifo son, entre otros, signos del destierro. Hay tal mezcla en la familia Olaya (la madre de Augusta era hija de un oidor de Puerto Rico), que no son ya de ningún sitio sino del que los vio nacer. Al llegar a José Cemí hay tres generaciones de cubanos, orgullosos de mostrar un linaje algo misterioso y muy heterogéneo, pero aferrados a su cubanía con el furor de Mela, la mejestuosidad de Augusta o la dulzura algo lánguida de Rialta. Han olvidado su proveniencia de muchos destierros y están desterrados, pero pese a todo, tienen sus orgullos:

Así, esa palabra oidor marcaba un confín, el límite de la familia donde ya no se podían establecer más precisiones en sangre y apellidos, pero llenando al mismo tiempo esa línea del horizonte de delfines y salmones griegos, de tortugas trasladando lotos, como aparecen en las mitologías hindúes¹.

No se adaptan aunque lo simulan, y buscan la reafirmación de su nacionalidad con rechazos a cuanto los rodea, por lo pronto, burlas familiares, reconvenciones disfrazadas de didactismo o choques de contenida violencia, constatables en el cap. III. La figura de Mr. Squabs es ridi-

¹ J. Lezama Lima: *Paradiso*. Ed. de E. Lezama Lima. Madrid, 1980, p. 159-160. En lo sucesivo se indicará sólo el número de la página junto a la cita correspondiente de la obra.

lizada, tanto como Alberto lo hace con el servicio divino protestante, al remedar las indicaciones del pastor al organista. También lo es la de Florita, cubana sensiblera que intenta, con lamentables resultados, pasar por norteamericana. Al sermonearla sobre los milagros y el destino, Augusta parece echarle en cara haber adoptado un cristianismo «espúreo». Andrés Olaya, en su época de servicio a los Michelena, ha reaccionado frente a un incidente doméstico con estas palabras: «Estos cachirulos, el suspirante chinito y el español panzón, se creen que yo tengo que ser igual a ellos y he tratado de demostrarles rápidamente su grosera equivocación» (p. 163). Acto seguido, la invocación a la Virgen de la Caridad muestra, no el catolicismo sincero y consecuente de D^a Augusta (la «sobrina del Padre Rosado»), sino los equívocos de un sincretismo sugerido —más bien la sincrética Oshún, dueña del sexo y el placer fecundante, que una advocación de la Virgen²— para implorar la fecundidad la cual viene al fin de forma *non sancta*. Una orgía de luz, cuyo exceso «la torna en líquida» (p. 164) marca un rasgo: la imprecisión, la pérdida de un cotorno que convierte personas y objetos de languideces desdibujadas y se enorgullece de ellas como de un tesoro, el cual irá carcomiéndoles hasta debilitarles, caotizarles, disgregarles, incorporarles a su propio *apeiron*. Es la confusión de lo naciente, donde se confunden los cuatro elementos, donde se pierden las fronteras entre luz y agua y el aire transita con dificultad por las vías respiratorias: país de asma, bronquitis, ahogos en el agua o en la tierra. País que incorpora a su sustancia nuclear, en caótica gestación, todo cuanto se presenta, lo absorbe, chupa sus energías vitales, su *quidditas*. Es una matriz que no permite a sus hijos desprenderse y crecer de forma plena. Por eso no suelen vivir en el exterior sin recrear, no las relaciones sociales sino el gregarismo placentario. Para Lezama esto no es mejor ni peor: es un rasgo, doloroso o no, para el individuo, pero a nivel cósmico, simple regla de comportamiento, de devenir. Su proyecto de una «teología insular», al cual nos hemos referido en otras páginas, se dirigía a encauzar la maduración, el despliegue del cosmos insular, a participar en dicho proceso de modo activo y consciente. Idénticos llamados de alerta aparecieron en Fernando Ortiz. Pero esta situación, no de minoridad sino de larga prenatalidad (María Zambrano llamaba a Cuba «la que no ha nacido») dejará sus huellas en la familia.

Más allá de lo autobiográfico hay en *Paradiso* una metafísica de la familia y de lo prenatal en todos sus órdenes: la isla, la familia, las vidas y civilizaciones desconocidas que en ambas se han fundido. Aunque las

² Debe tenerse en cuenta la identificación que se realiza en la Regla de Oshá o Sante-ría, una de las modalidades del sincretismo afrocatólico cubano, entre Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, advocación de María, y la Orishá o diosa africana Oshún, quien rige el placer sexual y la fecundidad.

raíces del destino se pierden en lo insondable —más allá de las futilidades que aplica Florita a un razonamiento teológico en ella *externo*—; éste existe pero sólo se cumple mediante la acción de «agentes naturales», esto es, de factores «explicables» según el orden cósmico. El acto «tendrá que atravesar un largo camino y resurgirá en forma que será para él mismo un deslumbramiento y un misterio» (p. 156), palabras que aplica Augusta a la doctrina de la predestinación y parecen volverse contra ella. Tal hecho se mostrará plenamente en el cap. XIV, donde se reunirán, como en un teatro mágico, todas las cosas, pues todas se han conservado, todos los hechos y personas. Nada ni nadie ha muerto. Sólo se han producido metamorfosis. La esfera armilar de Licario, la ciudad (reproducción del cosmos según el taoísmo), el tarot, serán los emisarios de todas las visiones oblicuas³: el tiovivo ya visto por Alberto, los versos que este escuchó antes de morir, el bisabuelo hecho polvo tras el contacto de su momia con el aire, el padre muerto, la imagen de Santa Flora, los seres fijos en el pasado y a la vez liberados del tiempo. La muerte real y falsa de Licario.

Por lo pronto, la metafísica de la familia como modelo abreviado del género humano en el microcosmos insular, traerá como consecuencia que los nacimientos y muertes constituyan sólo fluctuaciones en su ser. Los Olaya experimentarán esto con la muerte de Andresito en el destierro y más tarde con nuevas muertes prematuras que sirven para moldear el existir y el interactuar de la familia con el medio universal.

Aristóteles asociaba íntimamente vida y respiración: «el nacimiento es la primera participación en el alma nutritiva, que tiene lugar en el calor, y la vida, la perduración de esta. La juventud es el crecimiento del principal órgano refrigerador, y la vejez, su consunción. La madurez es el estado intermedio entre ambos»⁴. Y más adelante añade: «Vivir consiste en inspirar y aspirar»⁵. Estos principios presiden marcadamente los nacimientos y muertes en las familias Olaya y Cemí, pero su sentido último es cambiante. Puede presentarse la respiración como palabra (discusión teológica que precede la muerte de Andresito), como música, otra forma del sonido, como hábito de fumar, como ahogo y como intensidad en la respiración misma.

Andresito es músico: control del tiempo y de los sonidos, que se propagan por el aire. Se encierra a ensayar y fuma. Muchos jóvenes lo hacen y tendría poca importancia tal vez si no fuera porque, en el cap.

³ Sobre la «vivencia oblicua» véase: José Lezama Lima «Preludio a las eras imaginarias», sobre todo las p. 26-30. En: *La cantidad hechizada. La Habana, 1970.*

⁴ Aristóteles: «Acerca de la juventud y de la vejez, de la vida y de la muerte, y de la respiración», cap. XXIV (XVIII), 479a, 30-35. En: *Acerca de la generación y la corrupción. Tratados breves de historia natural. Madrid, 1987, p. 358.*

⁵ Aristóteles: *Ibíd.*, 480b, 14, p. 362.

VII, la muerte de Alberto se produce tras cantar el verso «la eternidad, y a fumar». José Cemí, asmático crónico, fumará sin cesar. El fumador mezcla su respiración con un pneuma extraño. Esto para algunos supone la muerte o al menos cierto grado de corrupción, como lo es el respirar el aire de tierras extrañas: «Cada una de las emigraciones que habían azotado a la familia, serían pagadas con el terror soterrado de algunos de sus miembros que se habían quedado como fantasmas encadenados por su desaparición en tierra no reconocida» (p. 171). La familia, separada del «alma nutritiva» de la isla, reproduce de algún modo a ésta en la emigración. Uno de sus miembros siente esa fluctuación en su principio vital y muere. Es precisamente el músico-fumador, el que reproduce las armonías sonoras, el que las propaga por el aire y mezcla a su pneuma el humo del cigarro, quien morirá, como si la tierra ajena exigiese el sacrificio de un miembro para permitir al resto de la familia sobrevivir y retornar. Muere tras ejecutar la música «con su criollo arco largo», que «parecerá raro, pero después todos se darán cuenta de que aquel violín estaba en su lugar y que había llegado en hora oportuna» (p. 172). Alberto es osado hasta el descaro. Andresito es tímido, los dos polos complementarios del carácter insular. Ambos sucumbirán sin frutos materiales, sin hijos, aunque las características del primero lo ayuden a burlar la muerte hasta la adultez porque, perpetuo improvisador, aunque provisto de ciencia infusa, jugará con la muerte durante mucho tiempo.

Mr. Squabs, el organista protestante, supervisa con severidad las instalaciones del ascensor. Nadie podría reprocharle nada. Hay un descuido perfectamente explicable. La ocasión de la fiesta ha sido decisiva en la vida de Andresito: marca su entrada en la adultez. D^a Augusta lo expresará muy bien al referirse a una «primera prueba en relación con su mundo exterior», del «susto que lo hará interrumpir su aprendizaje», pero que «lo puede abrir, distender», por donde pueden penetrar» la nueva imagen y su viejo espejo» (p. 174). El tema de la «Muerte de Narciso» se retoma: ¿Cómo rebasar el solipsismo, extendido, del individuo al binomio familia-cosmos insular? Hay dos modos de no lograrlo: morir joven, tanto que el proceso no culmina (Andresito) y no sembrar, no crear, no devenir tronco de familia alguna, ni natural ni espiritual, quedar en el *potens*, ser el eterno adolescente (Alberto). Ambos son ramas estériles en sí mismas, fecundas sólo en el sistema. Por lo demás, Mr. Squabs apremiará a Carlitos para el arreglo de las luces, la baranda del ascensor no quedará del todo asegurada y Andresito sufrirá la caída que Florita había sugerido a D^a Augusta con respecto a Rialta. Pero esta es mujer y sobrevive. Ella es —como aseguraba Paracelso⁶— matriz, microcosmos por sí misma y su función no consiste en intentar la auto-

⁶ Cf.: Paracelso: «Tratado de la matriz». Obras completas, t. I, Buenos Aires, 1945.